



# Tinta de colores, magia en bosque

Gabriela Ramírez Vergara



Tinta.org



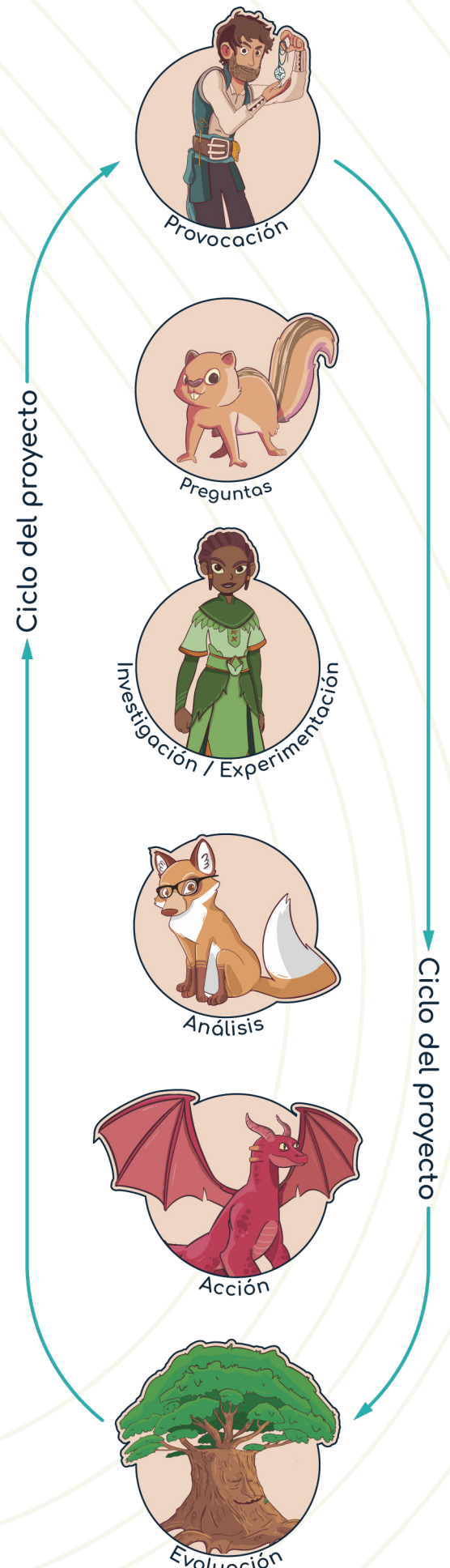
Como docente, siempre sentí una gran dificultad en acercar a mis estudiantes de primaria al ciclo de proyecto. Era algo tan abstracto y lejano que, aunque lo hiciera visual, lo abordara constantemente y lo trabajara desde diferentes lugares seguía de cierta forma siendo más algo mío que de ellos.

Desde [Tinta.org](https://tinta.org), hemos encontrado una manera de acercar el ciclo del proyecto a los estudiantes: a través de personajes fantásticos que tienen aventuras extraordinarias. Estos personajes, cuyas historias se entrelazan en seis cuentos, personifican cada parte del ciclo. Son imperfectos, con habilidades diferentes, pasiones e intereses que los distinguen y los hacen únicos.

Esperamos que a través de sus vidas, de sus problemas y de sus maneras particulares de interactuar los unos con los otros y con su mundo, los estudiantes puedan conectar desde otros lugares con el ciclo de proyecto. Tal vez se identifiquen más con alguno que con otro y encuentren así preferencias en sus roles de trabajo en equipo. Pero sobretodo que puedan vivir la exploración intelectual y académica acompañados por [Nicola](#), [Filomena](#), [Mae](#), [Antón](#), [Gustav](#) y [Eco](#), gozando cada momento y viviendo de forma cercana el ciclo de proyecto.

**Gabriela Ramírez**

Directora de [Tinta.org](https://tinta.org)





## Duelos de colores

Pag. 6



## Un desierto sin preguntas

Pag. 9



## Parfait de marañón

Pag. 13



## Entre galletas y té

Pag. 18



## Intoxicación tamaño dragón

Pag. 24



## Cuando el cielo se conecta con la tierra

Pag. 29

# Duelos de colores



**M**ientras caminaba por el bosque, Nicola intentaba acordarse cuánto llevaba en aquella dinámica de persecuciones y batallas con Felipe, quien se había convertido en su peor enemigo. Ya ni recordaba porqué peleaban, pero con sólo imaginar su cara, sentía una ira que le inundaba todo el cuerpo hasta llegar a su cara y volverla colorada.

Podrían ser meses o años que llevaban buscándose y luego huyendo, enfrentándose con cuantos encantamientos podían pensar y saliendo adoloridos y heridos sin ningún resultado definitivo. Eran ambos unos magos excepcionales, de eso no cabía duda, pero polos opuestos en todo lo demás.

Mientras Nicola amaba escuchar y contar historias, Felipe resumía todo en dos palabras y permanecía casi siempre en silencio. Pero, así como Felipe organizaba su libro de encantamientos y podía encontrar cualquiera en segundos, Nicola los escribía en hojas sueltas que a veces nunca volvía a encontrar. Nicola iba a todas las fiestas y no se perdía la ocasión de celebrar, mientras Felipe asistía a las que eran absolutamente necesarias y permanecía apenas el tiempo exacto para no parecer maleducado.

Al andar por el bosque, Nicola no podía evitar observar su belleza; desde niño, aun en los peores momentos, siempre podía captar lo hermoso de cada momento. Así, aunque con hambre, frío y mucho cansancio, veía las flores violetas, la luz que se colaba entre las ramas y los pájaros que cantaban anunciando el ocaso.

Cuando caminaba por el bosque observando cada uno de sus detalles con gran admiración, sintió cómo los pelos que se le ponían de punta en la espalda le anunciaban un peligro. Haciendo caso a sus instintos, se puso en guardia y agudizó cada uno de sus sentidos. Crac, oyó finalmente a sus espaldas, y sin pensarlo dos veces dio un ágil brinco a un lado y lanzó un encantamiento al lugar que sus oídos le indicaron. Allí estaba Felipe listo para rechazar su encantamiento y empezar una nueva batalla.



Empezaron así un nuevo duelo, lleno de colores, rayos, estruendos y tormentas. Los animales huían aterrorizados y el par de magos sacaban fuerzas de donde no tenían para continuar la temible batalla. Enfocado en hacer daño y en defenderse al tiempo, Nicola observaba los rayos de colores que pasaban entre las ramas e iluminaban cada rincón, era aterradoramente hermoso.

En tan estruendosa ofensiva llegaron a un claro con un gran roble en el medio, cada uno buscando escudo en el gigantesco árbol se movían de un lado al otro mientras disparaban con sus varitas mágicas y gritaban un sinfín de encantamientos. Mientras tanto, el gran árbol recibía, actuando de escudo, una gran cantidad de conjuros. Algunos le dolían, otros le daban calor, otros le helaban la savia y algunos hasta le daban cosquillas.

De repente, se oyó un terrible estruendo que resonó e hizo eco por todo el bosque, por un momento ambos magos quedaron petrificados, y cuando se disponían a volver a atacar, sintieron cómo el piso se les movía bajo sus pies. Los dos cayeron sobre sus espaldas y sin poderse levantar observaron con terror cómo el gran roble se sacudía. Tras un segundo de quietud, una voz muy baja y tranquila, pero comandante, les dijo:

—Pero qué es este absurdo duelo, cómo pueden dos seres tan poderosos ser capaces de irrumpir en nuestra paz con tan horribles palabras, cómo es posible que...

Tras un helado silencio...

—Pero ¿me pueden oír? ¿qué está pasando? ¿cómo es esto posible?

Tardaron cada uno unos pocos segundos en darse cuenta de que el gran árbol había cobrado movimiento, que era él mismo quien les hablaba y que ni siquiera el gran roble entendía cómo era esto posible.

Felipe puso su varita mágica frente a su cara con el ceño fruncido pero muerto del miedo. Aunque Nicola entendía que al no hacer lo mismo se ponía en gran riesgo, no podía salir de su asombro al ver a este gran hermoso árbol darse cuenta de que podía hablar y moverse.


—Escuchen extranjeros —empezó entonces el inmenso roble— este es un lugar de paz, y como tal debe ser respetado. ¿Por qué han empezado tan horrible duelo?

—Bueno, empezó Felipe, él ha disparado primero —dijo Nicola.

—¡Mientes! Recuerda que en la taberna hace un mes fuiste tú quien me golpeó por la espalda sin siquiera anunciarse.

—¿Qué podría haber hecho? Fuiste tú quien...





—¡SILENCIO! —dijo el árbol.

Los tres quedaron atónitos tras el estruendo de esta última palabra. El árbol, que se introdujo sin afán pero con cordialidad como Eco, los invitó a sentarse en dos piedras y les pidió que le contarán el motivo de la pelea, uno a la vez, y sin interrumpirse.

Nicola se enteró que tampoco Felipe recordaba el motivo inicial de la pelea. Ambos se dieron cuenta del gran daño que su riña había causado tanto a conocidos como desconocidos. Y respondiendo a las acertadas preguntas del gran Eco, los dos magos se avergonzaron de tan inmadura disputa. Comprendieron que eran diferentes y que, aunque no tenían que ser amigos, sí debían respetarse, tanto por su propia integridad como por la de todos los que los rodeaban. Por primera vez se escucharon el uno al otro, empatizando con sus situaciones y sintiendo gran tristeza por haber gastado tanto tiempo y energía en hacerse daño el uno al otro. Finalmente acordaron que, en adelante, serían cordiales, respetando sus diferencias y recorriendo, por separado, cada bosque, montaña, río o población que hubiesen afectado en sus duelos en donde harían todo lo posible para reponer los daños causados.

Mientras se daban la mano en señal de paz y se despidieron, Nicola se prometió a sí mismo que volvería a aquel hermoso lugar. Que, aunque no lo podría considerar su hogar, siendo él mismo un nómada hijo de gitanos, este sería un punto de referencia donde amaría permanecer por largas temporadas.

El viejo Eco se quedó quieto, tan quieto como había permanecido cientos de años en ese claro. Le tomó tres días y cuatro noches volver a intentar moverse. Cuando lo hizo, fue de manera lenta y pausada. Aprendió a desplazarse de forma casi imperceptible, recorriendo el bosque que le había visto crecer y conectando, con sus raíces y sus ramas, con todos los seres que en él habitaban.



# Un desierto sin preguntas

**E**ra una mañana esplendorosa. Los rayos de sol se colaban entre las altas ramas pegando contra la cara del mago Nicola, quien se desperezaba lentamente aun sin abrir los ojos. En el lento transcurrir de quien se encuentra entre el sueño y la vigilia, el mago se dio cuenta de que alguien lo observaba. Intentando no asustar a quien le espiaba, abrió los ojos lentamente y miró con disimulo a su izquierda. Allí, posada en una rama, se encontraba una pequeña ardilla de peculiar aspecto. Nicola, sin abandonar su lento despertar, dijo en voz cálida:

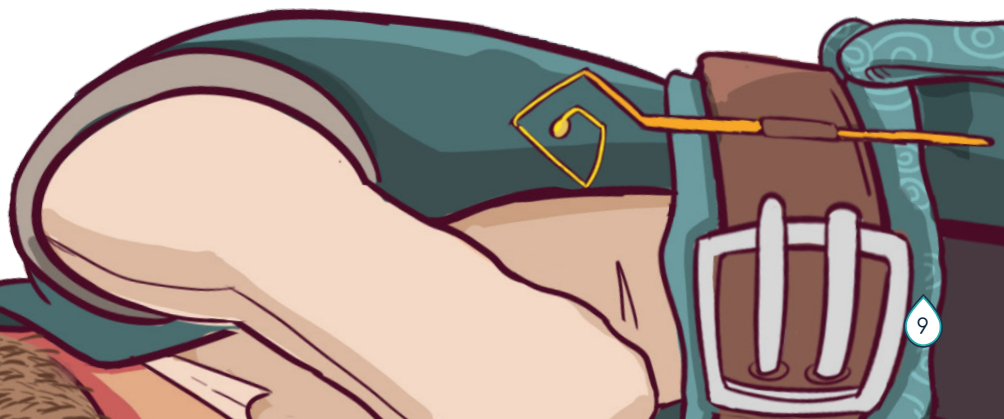
—Mi madre me enseñó de niño que era de muy mala educación espiar.

La pequeña ardilla se escondió tras unas hojas, pero no dejó de mirarlo fijamente. Llevaba horas ahí sentada y aun no estaba segura si el mago le hablaba a ella.

—De niño tuve muchas amigas ardillas. Conocí unas rojas con orejas puntiagudas, otras que eran grises, muy ágiles y poco esquivas. Me hice amigo de una con rayas negras en la espalda que amaba las palmas y hasta encontré unas que extendían sus brazos, se lanzaban de las ramas más altas y parecían volar. Pero como tú no he conocido ninguna.

—Eso es porque mi papá es rojo y mi mamá es listada, lo cual me hace única. ¿Quién eres tú?, ¿cómo te llamas?, ¿por qué has dormido entre las hojas?, ¿qué es ese palito que no sueltas de tu mano?, ¿cómo te rompiste la ropa así?, ¿qué cargas en esa maleta?

Una vez había sido descubierta, la gran curiosidad de la ardilla Filomena se tomó por completo su lengua que no paraba de hacer todas las preguntas que habían rondado su cabeza durante horas de observar a tan extraño personaje. El mago no pudo evitar una carcajada. Conocía la naturaleza curiosa y preguntona de las ardillas, pero esta pequeña era algo excepcional.



Mientras se alistaba para salir, se enteró que la pequeña Filomena tenía cinco hermanos, que su mamá la había enviado temprano a buscar nueces ya que empezaban a organizar la comida del invierno. Sin embargo, la pequeña ardilla había gastado ya media mañana con él y su mamá estaría furiosa. Ella se enteró de que Nicola estaba en un viaje de reparación, y que iría por todo el mundo reparando los daños causados por una lucha que ni él pudo explicarle cómo inició contra otro mago. Era un mago que había viajado por todo el mundo. La curiosa ardilla no paraba de preguntar por cada lugar, olor, color y personaje que había conocido el gran mago.

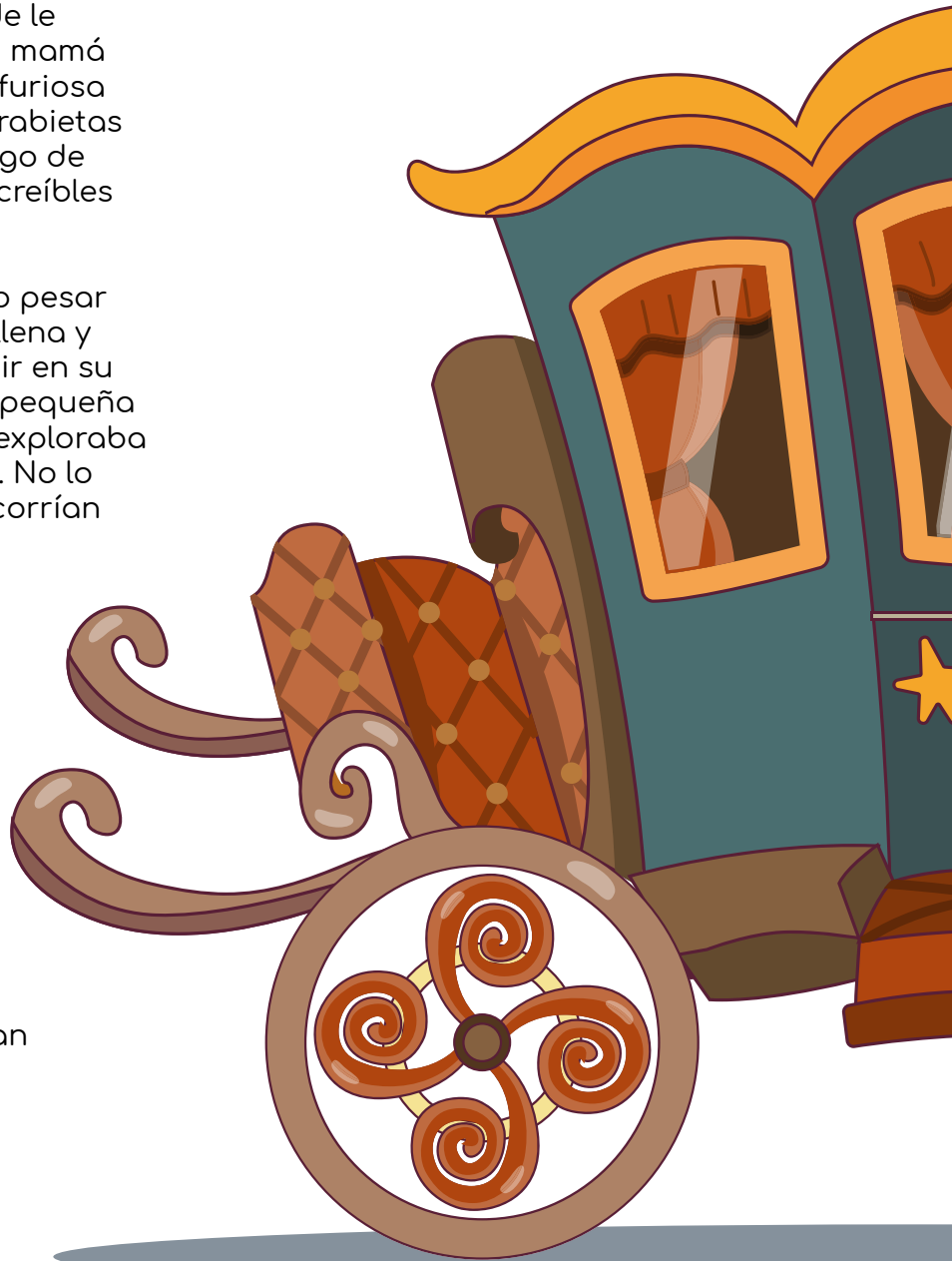
Caminaron por el bosque charlando, él impresionado por la curiosidad de esta pequeña y ella brincando de emoción entre tantas preguntas que surgían con cada historia que Nicola le contaba. Pronto llegaron a una caravana de gitano que el mago llamó su hogar y en donde Filomena quedó en silencio, por varios segundos, asombrada con todo lo que veía. Estaba llena de piedras preciosas, ropa, líquidos de colores, dibujos, escritos y un sinfín de extraordinarios objetos que la dejaron sin aliento.

Tan agradable era su charla que ambos perdieron la noción del tiempo y cuando se dieron cuenta estaba oscureciendo y tenían mucha hambre. Filomena, posada en el hombro de Nicola, lo llevó hasta su casa, donde le esperaba una iracunda y preocupada mamá que, al ver sus manos vacías, se puso furiosa y casi tan roja como su esposo. Entre rabietas y regaños invitó a comer al nuevo amigo de su hija, que a todos deleitó con sus increíbles historias.

Cuando llegó la noche, con mucho pesar se despidieron. Nicola con la barriga llena y el corazón contento se acostó a dormir en su caravana. No notó entonces cómo su pequeña amiga había escapado de su cama y exploraba sigilosamente todas sus pertenencias. No lo despertaron sus pasos suaves que recorrían cada cajón y cada estantería.

—¡Ahí estás! ¿Qué has hecho con mi hija?

Nicola despertó de un brinco y de no haber percibido la ira de la mamá ardilla, habría reído a carcajadas de pensar que tanto estruendo podría salir de tan pequeña criatura. Pero toda posible jocosidad desapareció al enterarse que su pequeña amiga Filomena había desaparecido y que ninguno de sus cinco hermanos podían encontrarla.

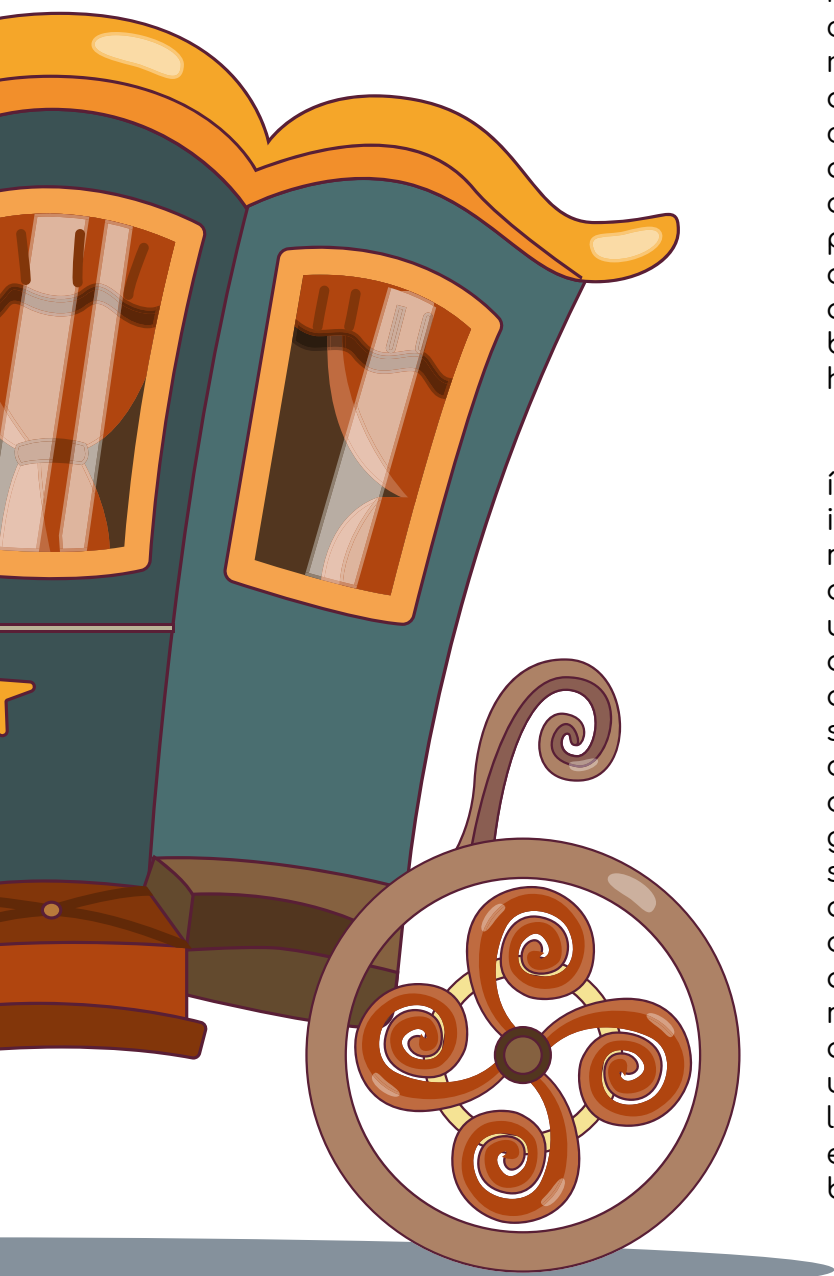


Recorrieron el bosque de arriba abajo, levantaron a todos los animales diurnos y nocturnos, recorrieron cada río y subieron a cada árbol, pero no encontraron la más mínima señal de la pequeña ardilla. Duraron tres días completos sin poder dormir, sólo la angustia e impotencia les mantenía en movimiento, era como si se la hubiese tragado la tierra. Organizaron bloques de búsqueda y hasta algunos infructuosos encantamientos de búsqueda profesó el mago desesperado.

Finalmente, el cansancio fue tal que el gran mago cayó en un profundo sueño en medio del bosque. Soñó que estaba en un desierto gigantesco y en el horizonte podía ver la silueta de Filomena. Intentaba correr y correr, pero la arena era pesada y no sentía que avanzaba. Se despertó gritando el nombre de la pequeña ardilla y sollozando como no lo hacía desde niño. Volvió a quedarse dormido, pero volvía el mismo sueño que le despertaba agitado y sudando. Fue una noche fatal.

Cuando por fin Nicola desistió de descansar, se fue a su caravana para buscar algo de comer que le devolviera la cordura. Mientras hervía agua, sentado en una pequeña banca, vio en el piso un pequeño frasco de arena destapado. Aunque el orden no era lo suyo, recordaba claramente que estaba tapado con un pequeño corcho que ahora veía en un rincón. Esta arena no era cualquiera, era del desierto de Gobi. Este frasco lo había recibido como regalo de una familia de nómadas que le habían salvado la vida y le pidieron que lo conservara como recuerdo. La arena parecía blanca pero al moverla tomaba visos amarillos que le recordaron el absurdo sueño que tuvo. Nicola nunca había abierto la botellita porque había sido advertido de no hacerlo.

El mago tomó el frasco entre su dedo índice y el pulgar y miró con el ojo derecho el interior. Parecía haber movimiento, intentando mirar qué sucedía en su interior lo acercó al ojo y de repente se encontró deslizándose en un rodadero de vidrio hasta que cayó en la arena. Se levantó, todavía incrédulo ante lo que estaba sucediendo. Mientras limpiaba su ropa se dio cuenta que se encontraba dentro del frasco, hecho miniatura, pero el desierto frente a él era infinito. Empezó a gritar sin moverse, y a lo lejos, como en su sueño, vio la silueta de Filomena. Iba a partir a toda carrera hacia ella cuando recordó que de esta forma no había logrado nunca alcanzarla en su sueño. Así que tomó su vara mágica y calentó con un encantamiento la arena que tenía enfrente hasta que se volvió un gran espejo. De esta forma reflejó la luz logrando iluminar la silueta de Filomena en el horizonte. Notó entonces cómo la silueta brincaba y venía hacia él.



Nicola fue a su encuentro y encontró una deshidratada, hambrienta y desesperada ardilla. Para ella era difícil moverse en la arena, prefería las ramas de los árboles de su amado bosque que tanto extrañaba ahora. Al ver a Nicola se abalanzó sobre su pecho. Filomena estaba tan asustada que se metió entre su ropa, dentro un bolsillo. Por primera vez en su vida, no quería formular pregunta alguna. Sin darse cuenta, mientras Nicola le hablaba ella se quedó profundamente dormida sintiéndose al fin a salvo.

El gran mago, lleno de felicidad de ver a su gran amiguita, le permitió dormir mientras pensaba cómo salir ahora de aquel lugar. Tomó su varita y con toda la concentración de la que fue capaz disparó un rayo con el deseo de romper el envase de vidrio que los contenía. Usó todas sus fuerzas y su poder, y cuando oyó que se empezaba a romper se desmayó.

—¿Durmiendo? ¿realmente cree usted, señor mago, que es momento de dormir cuando mi hija, mi Filo, mi niña... oh, dónde estará mi niña...?

Nicola despertó aun pensando cómo era posible que esa pequeñísima ardilla listada tuviera semejante voz. Al moverse escupió algo de arena y sintió un movimiento en su abrigo. Muerta del susto, salió la pequeña y arrepentida Filomena.

El resto de la tarde pasó entre fiestas y regaños, entre la alegría y la furia de su familia. Al caer la noche, Nicola empezó a empacar para emprender su viaje de reparación al otro día. Filomena le prometió no meterse a la caravana mientras él no estuviera, pero cuidaría de ella para que ningún otro animal del bosque corriera con su misma suerte. Nicola prometió traerle al menos dos objetos, tres historias y una canción de esta nueva aventura.





# Parfait de mañana

La ardilla Filomena llevaba meses aburrida. Se empezaba a arrepentir de su promesa, más de una vez se le había pasado el día soñando con todos los objetos mágicos que la aguardaban en la caravana del mago. Pero no, había prometido que no se metería en ausencia de Nicola, y que vigilaría el hogar temporal del mago para proteger a quien quisiera explorarlo. Esto de ser una ardilla curiosa que seguía las reglas no era propiamente lo suyo y se aburría tremendamente. Mientras se le pasaba el tiempo como vigilante, su mamá y sus hermanos corrían clasificando nueces para almacenar en el invierno. Había tanta comida que Filomena estaba segura de que tardarían más de tres inviernos en consumirla. Entre todo esto, nadie quería jugar con ella ni le ponía atención a todas las preguntas que siempre rondaban su inquieta mente.

Un día, mientras miraba escondida el atardecer desde el árbol más alto del bosque, un viejo roble que detestaba que ella se le trepara, Filomena vio salir de una cueva a una joven hechicera. Sabía quién era, se llamaba Mae, pero apenas si se habían saludado alguna vez. Mae era la única hija de una sabia y de un alquimista. Una familia extraña que poco interactuaba con el resto de los seres del bosque. Se les veía a veces recolectando hojas, semillas y piedras, y alguna vez todos habían tenido un gran susto tras oír una explosión en su cueva, seguida de mucho humo blanco que los hizo toser a todos durante días. Después de este desafortunado evento dijeron que un experimento había salido mal y recomendaron a todos no mezclar azúcar con nitrato de potasio.

Filomena siguió a Mae con la mirada y se dio cuenta que estaba tomando las semillas que su familia había escondido en el hueco de un sauce. Las seleccionaba y guardaba con gran delicadeza dentro de un saco que colgaba de su cadera. Indignada, Filomena bajó corriendo y sin poner atención a los regaños del gran roble, no le tomó más de cinco minutos llegar saltando y agitada a pararse, casi tan roja como su padre, frente a la atónita hechicera.

Mae quedó fría y aturdida más que ante el reclamo de tomar nueces ajenas, ante la mirada inquisidora de la pequeña ardilla que la penetraba profundamente. Tardó unos segundos de más en responder y sin pensar demasiado en lo que decía, replicó:



—Debí imaginarme que alguien las había puesto allí, no es común encontrarlas organizadas y listas para experimentar.

—¿Para experimentar? pero si son comida, ¿experimentas tú con cada cosa que te comes?

Mae se puso roja de la vergüenza y bajó la mirada al piso. Sabía que su familia era diferente, pero no tenía tanta claridad acerca de en qué exactamente consistía esa diferencia. Era algo que le intrigaba. Lo cierto es que en su familia tendían a experimentar mucho con la comida, a ella le encantaba, y aunque presentía que algo de eso no era normal, no lograba llegar a entender por qué.

Filomena curiosa, olvidó el motivo de su rabia, y no pudo evitar que se le escaparan un par de preguntas:

—¿Qué haces con estas semillas? ¿cómo las analizas?

Mae la llevó a la base de la montaña donde tenía su laboratorio. Filomena encontró una pequeña cueva en cuyo interior había un gran fogón con una olla de cerámica que contenía un líquido hirviendo que olía bastante mal. Al fondo en una estantería improvisada con palos de diferentes tamaños y cuerdas había veinte pergaminos, no pudo evitar contarlos. Junto al fuego una piedra hacía de silla frente a un gran escritorio en el que había unas plumas organizadas por tamaño y varios tarros de tinta de diferentes colores.

Mae tomó la olla y la sacó de la cueva. Luego tomó un pequeño envase y metió unas hojas de lavanda y pino, que al ponerlas al fuego con un poco de aceite mejoraron considerablemente el olor del ambiente. Filomena le preguntó por cada objeto, y fascinada observaba la seriedad y minucia con la cual Mae abordaba cada una de sus preguntas. Nunca había conocido a alguien que pusiera tal interés a sus ideas, y que se tomara tan en serio cómo responderle. Duraron horas hablando, Filomena observaba a Mae tomar nota de las ideas que más le llamaban la atención en un cuadernillo con diferentes colores y etiquetas. Era fascinante y a la vez hermoso. Al final, cada página parecía una extraña obra de arte.

Pero Filomena no había olvidado el robo, y entre más tiempo pasaba y más se asombraba con Mae, más crecía en ella una dualidad que parecía dividir su corazón en dos. Por un lado, quería hacer parte de ese mundo y poder compartir con Mae todas las preguntas que se le ocurrían, poder organizarlas en el cuadernillo y usar los pergaminos y calderos para llegar a las respuestas. Pero pensaba también en el arduo trabajo de su familia para recolectar todas las nueces que Mae había tomado sin consideración alguna. Sin darse cuenta, se hizo de noche y tuvo que irse. Mae la invitó a que la visitara cuando quisiera.

Filomena se fue a casa meditabunda y confundida. Caminó en silencio y para asombro de toda su familia, se fue directo a la cama. Durmió poco, tenía mucha curiosidad y quería seguir en contacto con Mae. Por otro lado, también sentía rabia ante el desconsiderado robo de las nueces de su familia por el cual no recibió ni una disculpa. Toda esa tarde había disfrutado enormemente en compañía de Mae, pero muy adentro su rabia no se había apagado, y en la oscuridad la sentía crecer en su pecho con el deseo de gritar que estaba indignada.

Al día siguiente Mae se despertó muy temprano, salió de la casa de sus papás y se fue a su cueva. Allí encontró algunas semillas listas para poner al sol y otras sumergidas en agua, como las había dejado el día anterior. Empezó a clasificarlas y alistarlas para sus diferentes procesos. Aunque era normal para ella trabajar activamente en sus experimentos y emocionarse con cada parte del proceso, esta vez era diferente. Cada paso y cada idea iba acompañada de una pregunta imaginada de Filomena, la podía escuchar en su cabeza y su mayor deseo era poder abordar todas y cada una de esas preguntas. Desde el día que la conoció, la pequeña ardilla se había convertido en su motivador más grande y moría de ganas por mostrarle todo lo que estaba haciendo.

Los días pasaron y Mae no volvió a saber nada de ella.

—Pero ¿qué más puedo esperar? Soy rara, mi familia es rara, quién querría ser mi amiga.

Mae se torturaba cada día, perdía el apetito y en ocasiones había caído en un llanto desolador pero silencioso, que la dejaba agotada y más triste. Lo que más le afectaba era haberse ilusionado con esa pequeña ardilla, haber pensado que alguien podría considerarla su amiga. Había hecho varios planes, algunos hasta los había escrito, sobre todo lo que podrían hacer juntas. Que cantidad de sueños que ahora sólo le causaban rabia y melancolía.

Filomena no pasaba por momentos mucho más animados. Había dejado pasar mucho tiempo para visitar a Mae. Sus dos sentimientos seguían iguales en ella, pero se le había sumado una nueva tristeza, la de pensar que había perdido la posibilidad de tener una amiga. No una conocida de su familia, no un hermano o un amigo errante como aquel mago que había conocido por tan sólo unos días hacía ya meses. Añoraba la posibilidad de ser amiga de Mae, pero pasados los días ya ni sabía cómo aparecerse por su cueva.

La pequeña ardilla andaba por las ramas sin ganas, saltando y revisando, por órdenes de su mamá, cada escondite de nueces para asegurarse que todos estaban a salvo. Sin mirar bien de qué rama se cogía, saltó a una demasiado pequeña para su peso, y antes de darse cuenta de lo que sucedía, cayó de cabeza al río y chapoteaba muerta del miedo. Gritaba cada vez que tenía aire, pero sus gritos eran cortos y seguidos de tos y de sus frenéticos intentos por mantenerse a flote. Cuando ya sus energías se acababan con sus esperanzas de sobrevivir a tan tonto error, sintió cómo la tomaban por la cola y patas arriba seguía luchando por no ahogarse. La pusieron sobre una piedra pero por la tos, los ojos llorosos y la confusión general no podía ver a su salvador.

—Tranquila, mueve los brazos para ayudarle a tus pulmones a sacarlo todo.



Era la voz firme pero suave de Mae, que con golpecitos en la espalda le ayudaba a reponerse. Se miraron sin saber qué decirse, con tantos días de preguntas y lamentos acumulados, ya ninguna tenía ni pies ni cabeza. Curiosamente, no fue Filomena quien habló primero.

—Tengo en mi cueva té caliente y un fuego prendido, si quieres puedes... bueno, si no te importa, sólo para que te termines de recuperar.

—Gracias.

Juntas fueron en silencio, Mae cargaba a la agotada Filomena en su hombro mientras su corazón latía tan fuerte que temía que la pequeña ardilla lo percibiera.

La cueva estaba más cómoda. Tenía ya no una sino dos piedras-sillas, ambas con una piel de chivo encima para sentarse. Había dos tazas, una pequeña y otra grande, la primera parecía nueva, la segunda estaba sucia con té frío.

—Está muy bonito todo. Me hubiera gustado venir a verte antes, sólo que mi mamá, y ya viene el invierno... bueno tú sabes, todos los preparativos.

—Claro, entiendo, yo también he estado ocupada...

Paseando su mirada para evitar la incomodidad de la conversación, Filomena se fijó en una estantería con frascos que llamaron su atención. Estaban marcados con unos números y los nombres de varias nueces.

—¿Qué es eso?

Mae, entre orgullosa y aturdida, fue hasta allá y le fue mostrando uno tras otro. Había intentado diferentes cosas con cada una de las nueces. Unas las había tostado y de ellas hizo harina, otras las había dejado en agua y había hecho lo que parecían cremas. Filomena la seguía con fascinación y con interminables preguntas. Aunque ella y su familia vivían de las nueces, desconocía todo lo que se podía hacer con ellas.

De repente, Mae se detuvo y mirando fijamente a la ardilla formuló la primera pregunta que le hacía desde que se conocían:

—¿Por qué nunca volviste?

—Pues, es que... — Filomena se tomó un segundo para organizar todo lo que había pensado — me encantó estar acá, pero aun sentía rabia porque tomaste las nueces de mi familia.





Mae se sorprendió porque de todos los motivos que imaginó, este nunca se había cruzado por su cabeza.

—Bueno y nunca te disculpaste siquiera por tomarlas.

—Oh perdóname Filo, realmente no lo pensé, qué desconsiderada, y además ahora más que nunca deben necesitarlas porque en pocos días llegará el invierno.

—Realmente tenemos de sobra, pero... perdóname tú a mí también, realmente no era algo tan importante como pareció en su momento. Debí decírtelo desde un principio.

Mae se sentía aliviada, pero, al entender su falla, sentía que debía hacer algo no sólo para Filomena sino para toda su familia. Entonces se puso manos a la obra para hacer su plato favorito: un parfait de marañón. Tomó tres tazas de marañones que tenía en agua. Lo licuó todo muy bien y luego tomó algo de maíz tostado, hojuelas de avena y almendras secadas al sol. Lo machacó todo sin dejarlo muy fino. Puso la crema de marañones en dos vasos, luego el resto lo espolvoreó encima y finalmente le puso miel haciendo líneas que no sólo endulzaban el delicioso plato, sino que le daban un toque decorativo importante. Finalmente, tomó una flor de caléndula y puso sus pétalos naranjas haciendo un círculo de tal manera que todo el plato simulaba la flor.

Filomena le ayudó en lo que podía, y finalmente se sentaron cada una en una silla y disfrutaron juntas el parfait. Hicieron suficiente para toda la familia, cuidando cada detalle. Los pusieron en una gran bandeja y con mucho cuidado fueron hasta el árbol donde vivía la familia de Filomena.

Fue una cena excepcional, nadie sabía lo que se podía hacer con las nueces y entre todos no pararon de preguntar a Mae sobre sus recetas y experimentos. Ella, feliz como sólo recordaba estarlo en esa ocasión, respondía y prometía traerles recetas para el largo invierno que se avecinaba. Filomena finalmente había dejado ya atrás por completo sus sentimientos duales y se prometió desde ese día no volver a esconder su rabia.

Cuando llevó las recetas a la agradecida familia de ardillas, Mae entregó a Filomena un pequeño cuadernillo de regalo. Le pidió el favor más maravilloso que alguien le hubiese dicho a la pequeña ardilla: anotar cada pregunta que se le ocurriera durante el invierno, ya que las ardillas no saldrían de casa durante esos meses. Cuando entrara la primavera las resolverían juntas y les daría oficio investigativo suficiente para todo el siguiente año.



# Entre galletas y té



La hechicera Mae buscaba la forma de remodelar su hogar. Había decidido dejar de vivir con sus padres y estaba transformando la pequeña cueva en la que desarrollaba sus experimentos en su vivienda definitiva. La idea de independizarse y llevar a cabo todas sus tareas domésticas era un reto que le estaba fascinando, aunque aún no lo tenía todo bajo control. Aun olvidaba planear sus comidas, y se acordaba de cocinar cuando ya estaba muerta del hambre, por lo que terminaba comiendo cualquier cosa poco saludable a deshoras. Además, no contaba con todos los muebles, de hecho, estaba durmiendo en una hamaca porque no sabía cómo hacer caber una cama de verdad en su pequeña cueva.

Un día, mientras buscaba inspiración en el bosque, sintió como una gran sombra le tapaba el sol. Al mirar hacia arriba, vio que se trataba de un gigantesco dragón rojo que volaba sin hacer ruido en círculos sobre ella. Muerta del miedo, se escondió entre unos helechos temblando, nunca antes había visto un dragón, pero las historias de ellos eran realmente aterradoras. Con el mismo sigilo con el que volaba, el dragón se posó en una roca junto al río, tomó algo de agua y luego se quedó allí mirando a todas partes y esperando.

—Llegas justo a tiempo.

Se oyó una voz que parecía un susurro grueso y profundo. El dragón se dio media vuelta y se acurrucó frente a un hermoso zorro con gafas. El zorro no estaba en absoluto asustado, y llevaba unos papeles que entregó al dragón con gran delicadeza, como si fuesen porcelanas.

—Estos son los planos listos para la casa del castor, le aseguré que no se le entrará el agua si sigue el diseño al pie de la letra. Estas son las predicciones del clima de esta semana para que le entregues a los pájaros que van al oeste, si no me equivoco esta vez, caerán tormentas torrenciales y deberán cuidarse. Y este —dijo el zorro haciendo una pausa y mirando con desconfianza al dragón que lucía una cara concentrada— son los formatos para que llenen con la información de los vientos y la temperatura. Ya ni sé a quién enviarlos, no logro que los llenen de manera adecuada, y sin información precisa mis predicciones nunca podrán ser suficientemente buenas. Intentemos esta vez con las abejas de los panales más altos del risco, son organizadas y tal vez ellas sean más precisas en sus observaciones.



—Bien, haré como dices, Antón. No he podido traerte más información. Realmente no se bien cómo hacerlo. Puedo construir casas y crear rutas alternas para los pájaros del oeste, pero realmente encontrar y organizar información no es lo mío, no sabes lo mal que me hace sentir... no puedo cumplirte, es... — para sorpresa de Mae, el gran dragón sollozaba y empezaba a tomar aire en bocanadas cortas y repetitivas, como conteniendo un gran llanto.

El zorro suavizó su mirada, pero se quedó inmóvil. Miraba al dragón con ojos tristes y cansados.

—No te preocupes, mi buen amigo. Eres un gran dragón, has ayudado a millones de seres y no sé que sería de mí sin ti. Ya encontraremos una solución.

El gran dragón cubrió al pequeño zorro con su gigantesca ala. Se quedaron en este abrazo unos segundos, y luego el gigante emprendió de nuevo el vuelo y desapareció de la vista de Mae entre las copas de los árboles. Ella ya no temblaba. Estaba curiosa, sabía que no debía escuchar conversaciones ajenas, pero estos parecían hablar su idioma. Parecían preocuparse por cosas que podrían interesarle a ella. Salió de su escondite y cuando miró en dirección al zorro, le vio con las orejas bien paradas mirándola de vuelta con atención.

—Buenos días, mi nombre es Mae.

—Mae, qué curioso nombre.

—En honor a Mae Jemison, mis padres admiran a la astronauta, por eso lo escogieron. Lamento haber escuchado su conversación, pero entendí que necesitan información de las abejas del risco. Vivo debajo de ellas, en una cueva, y su miel es la mejor que se consigue. Las conozco bien. Se dedican sólo a trabajar, realmente son poco observadoras. Llevan cuenta de las flores más altas de los árboles, pero más allá de un recuento exhaustivo de su polen, nunca he podido obtener más información de ellas.

—Cuéntame más, ¿qué información les has pedido?

—Bueno, pues quería saber si las rocas de lo alto del risco tenían la misma composición que las de mi cueva. Verás, quiero hacer una ampliación, pero no se si la estructura lo resista.

—Vaya, que interesante —se iluminaron los ojos del zorro detrás de sus lentes— creo que puedo ayudarte. Pásame una propuesta por escrito, dos pliegos como máximo, explicando la ampliación. Deberás incluir un mapa de la cueva, lo más detallado posible. Medirás la altura del risco y necesito el área extra que necesitas... —el zorro suspiró y bajó la vista —puede que pida demasiado, si necesitas mi ayuda podré hacerlo solo si los datos son precisos, de lo contrario —con el ceño fruncido, de repente el pequeño zorro se mostró furioso. —¡De lo contrario nada! No puedo seguir trabajando así, ¡esto no es digno de mí! ¡Sin los datos exactos no se puede hacer nada!



Y refunfuñando le dio la espalda y, sin despedirse, se fue hablando en voz baja para si mismo con pasos fuertes, poco comunes a un animal que se caracteriza por ser silencioso.

Mae quedó estupefacta, no entendía la ira de este personaje del que ni siquiera tenía un nombre, pero comprendía la importancia de todo lo demás. La exactitud era lo suyo, el manejo de la información. Emocionada y sin esperar un segundo más se fue corriendo para su casa.

Le tomó cinco días organizar toda la información. Tomó muestras de la roca, analizó su estructura, buscó en sus libros y en los de su madre su origen geológico y hasta su estructura molecular. Encontró además que, según el georreferenciador de su tableta, el risco tenía 27km de largo. Hizo las mediciones de su cueva y enumeró todas las cosas que soñaría con tener en su nueva habitación. Se decidió por una temperatura ideal para cada espacio y buscó información sobre distintas técnicas de termorregulación. Al final, su investigación no tenía los dos pliegos acordados, tenía doce. Pero nada se podía resumir más. Todo era imprescindible, todo era importante.

Al amanecer del sexto día Mae regresó al lugar en el cual había aterrizado el gran dragón y recordando el camino del zorro trato de ubicar su cueva. Buscó por todas partes dándose cuenta de que, después de todo este trabajo, no sabía ni siquiera el nombre de a quien iba dirigido y dónde encontrarlo. Preguntó a sus padres, a su amiga ardilla que a todos conocía, a las aves y hasta a las abejas del risco. Nadie sabía nada de un zorro de gafas. Estaba desilusionada pero decidida a que esta vez no dejaría pasar la oportunidad de conocer a alguien con quien hablar y con quien podría compartir sus indagaciones. Finalmente, aunque muy intimidada, decidió preguntarle al gran roble.

Caminó nerviosa al claro del bosque y en el centro lo encontró, inmóvil, con los ojos cerrados y las hojas quietas. Le inquietaba un árbol que hablara, le parecía poco natural. Se paró frente al árbol, y en un susurro agudo y con su investigación bien abrazada a sus brazos le dijo:

—Buenas tardes, ¿Eco? ¿eres tú?

Lentamente el gran árbol movió las ramas más delgadas y abrió los ojos sin afán. La observó unos momentos antes de responderle.

—Mae que gusto me da, Filomema me ha hablado mucho de ti. He oído que andas muy ocupada —miró su investigación durante unos segundos.— ¿En qué puedo ayudarte? Espero que no vengas con tu amiga la ardilla



que sube con tal velocidad mis ramas que pierdo la concentración y la paciencia.

—No te preocupes, vengo sola. Estoy buscando a un zorro, un zorro de gafas, lo vi hace unos días con un... con un dragón. Sé que suena raro, pero estoy segura de lo que vi.

—Claro, si hace cinco días estuvo por acá Gustav, el gran dragón. Me dijo que había visitado a Antón, el zorro. Peculiar personaje este zorro. ¿Estás segura de que es él a quien quieres mostrar eso? —dijo apuntando con la hoja de su nariz a los pliegos de pergamino— la paciencia y la empatía son habilidades que aun tiene por trabajar nuestro amigo Antón.

—Estoy segura —dijo ella abrazando sus pliegos con más fuerza.

—Anota entonces las siguientes indicaciones: sigue las raíces de los sauces que te llevarán al río. Allí encontrarás una gran piedra. Entre el musgo que se acumula en la base de los ocres, encontrarás unos hongos alargados. Ellos te mostrarán un camino que lleva hasta unos espesos helechos. Junto a una casa de hormigas abandonada, encontrarás disimulada la entrada a una cueva. Allí vive Antón. No olvides llamar a la puerta antes de entrar.

—¡Gracias! —dijo Mae mientras terminaba de anotar las instrucciones en su cuadernillo.

Las instrucciones de Eco eran impecables. Era difícil entender cómo un árbol tan quieto podía tener información tan precisa sobre la ubicación de cada ser en el bosque. Mae hizo una nota mental para investigar esto más adelante, era fascinante, pero ahora tenía cosas más urgentes por resolver.



¡Toc! ¡toc!

—¿Quién es?

—Soy Mae.

La pequeña puerta de madera se abrió lentamente, se asomó una nariz muy negra que olfateó bien el aire antes de darle entrada a unas angostas escaleras que descendían bajo la tierra. Era una cueva preciosa para Mae, tenía libros que nunca en su vida había visto, y un gran escritorio con un computador con una pantalla gigante.

Mientras ella admiraba el lugar, el zorro no quitaba los ojos de los pliegos.

—Dije dos pliegos como máximo, la síntesis es una habilidad importante.

—Lo sé, pero es mucha información. —Dijo Mae entregando su preciada investigación al zorro, que la tomó con la delicadeza que ella tanto apreciaba.

El zorro duró horas en silencio leyendo. Hizo unas pocas preguntas concretas y luego felicitó a la joven hechicera por su trabajo. Era lo mejor que había visto jamás. Cada experimento estaba documentado y justificado, cada referencia era pertinente y en unas hermosas tablas había resúmenes de datos precisos y concisos. Se comprometió a analizarlos y a diseñar su casa perfecta.

Aunque hablaron poco, la observadora hechicera sacó muchas conclusiones de su nuevo amigo. Entendió mejor la conversación con el dragón y que el zorro dedicaba sus días a analizar información para ayudar a otros. Y, aunque no era particularmente amable, lo único que buscaba era ayudar. Decidió ayudarle también en silencio como mejor se le daba a ella.

\*\*\*

A partir de su encuentro con Antón, Mae diseñó una pequeña estación meteorológica. Contaba con un termómetro para medir la temperatura, un barómetro que le indicaba la presión atmosférica, un pluviómetro para saber la cantidad de lluvia caída y finalmente una hermosa veleta naranja que mostraba la dirección del viento. Con ayuda de las abejas, subió el aparato al risco y lo conectó a su tableta. Con una aplicación que descargó, pudo empezar a obtener datos en tiempo real del clima.

Luego, entró a su cueva y sacó de sus libros la mejor receta de galletas con chocolate que conocía:



1 huevo  
125 gramos de mantequilla  
1 taza de azúcar  
1½ taza de harina  
1¼ cucharadita de polvo de hornear  
1 pisco de sal  
1 taza de chispas de chocolate

La cueva olía a gloria mientras se horneaban las galletas. Mae comió una antes de salir y puso el resto en una canastilla de picnic. Caminó por los sauces, siguió el musgo y los hongos hasta llegar a los tupidos helechos. Golpeó la pequeña puerta y la misma nariz desconfiada se asomó, pero esta vez al parco zorro se le escapó una leve sonrisa y se le notó un brillo en los ojos al ver a la joven hechicera.

Antón no sabía qué regalo amaba más de los que Mae le había traído, si las deliciosas galletas o la información meteorológica. Por su parte, Mae no podía dejar de mirar los planos de su futura casa, tomando a sorbos cortos el delicioso té de hojas y flores secas que le había ofrecido



el zorro. Su futura casa era perfecta, justo como la soñaba. Incluía además una ventilación que le permitiría trabajar con cualquier tipo de olores sin marearse. Eran los mejores regalos que habían recibido jamás.

Aunque el zorro evitaba al máximo abandonar su hogar, Mae lo convenció de ir juntos al risco para que, desde su base, observaran la estación meteorológica en lo alto. Discutieron su ubicación, su precisión y decidieron incorporarle un anemómetro, para saber no sólo la dirección sino además la fuerza con la que soplaba el viento.

Mae logró que su nuevo amigo entendiera que sus análisis no iban a ser nunca tan precisos si no observaba, aunque fuese un poco, el mundo exterior por si mismo. Aunque ese temible dragón le había servido durante años de ojos, brazos y alas por el mundo entero para llevarle y tráerle ideas, esto no era suficiente. Sus opiniones sobre la estación meteorológica y cómo mejorarla eran tan precisas que jamás habría podido hacerlas desde el interior de su cueva.

Fue así como dos solitarios seres dedicados a sus trabajos y a sus cuevas, se comprometieron a salir juntos una vez por semana y observar el mundo. Trabajarían juntos ayudando a otros a través de sus proyectos y, aunque ninguno tenía planes de salir de este bosque, sabían que juntos podrían impactar el mundo entero. En estas reuniones semanales, Mae aportaría las galletas y sus datos, y Antón aportaría sus análisis y un termo de té.

¿Qué más se puede necesitar para cambiar el mundo?





# Intoxicación tamaño dragón

**G**ustav el dragón no solía encontrarse sin soluciones cuando de construir se trataba. Estaba acostumbrado a estar ocupado, y sobretodo cuando estaba desarrollando un encargo de su amigo Antón el zorro, las cosas solían salir bastante bien. Pero esta vez era diferente, aunque los planos de la casa del señor castor eran precisos, el olor adentro era espantoso debido a unas filtraciones que, a pesar de los grandes conocimientos en construcción que los dos tenían, no paraban de aparecer.

Lo único que le alegraba el día era la hermosa billetera de cuero curtido que había comprado río arriba hacía unos días. Ahora todos en la zona andaban con finas prendas de cuero gracias a la fábrica que se había instalado, y que no sólo daban descuentos a los habitantes vecinos, sino que además había traído bienestar y trabajo para todos. El cuero oscuro de esta billetera contrastaba hermosamente con su piel rojiza, y por más preocupado que estuviese por la casa del castor, cada vez que miraba este pequeñísimo detalle que a otros podría parecer insignificante, se alegraba aunque fuese unos segundos.

Estaba quemando una madera con las llamas de su boca, con mucho cuidado de no extender el fuego, haciendo ceniza para mezclar con el cemento. Aplicaría diferentes resinas para la nueva filtración de agua que aparecía. Gustav tenía hambre, hacer fuego consumía mucha energía, y era famoso por su buen comer. Al terminar de hacer las cenizas, caminó al río y tomó grandes bocanadas de agua. Luego, tomó su caña y dedicó bastante tiempo a intentar atrapar algún pez, no fue fácil, y cuando por fin pudo saciar su hambre estaba agotado y cayó en un profundo sueño.

Gustav soñó con un animal diminuto con afiladas garras y un aguijón en la cola que le recorría el cuerpo. Se metía por cada uno de sus órganos y le hacía sentir mucho dolor. A veces se asomaba, le hacía alguna mueca maliciosa y volvía en insertarse en sus entrañas. En un momento, al salir, le mostró su hermosa billetera que se había vuelto diminuta como el mismo bicho, que la había robado y reía burlonamente.



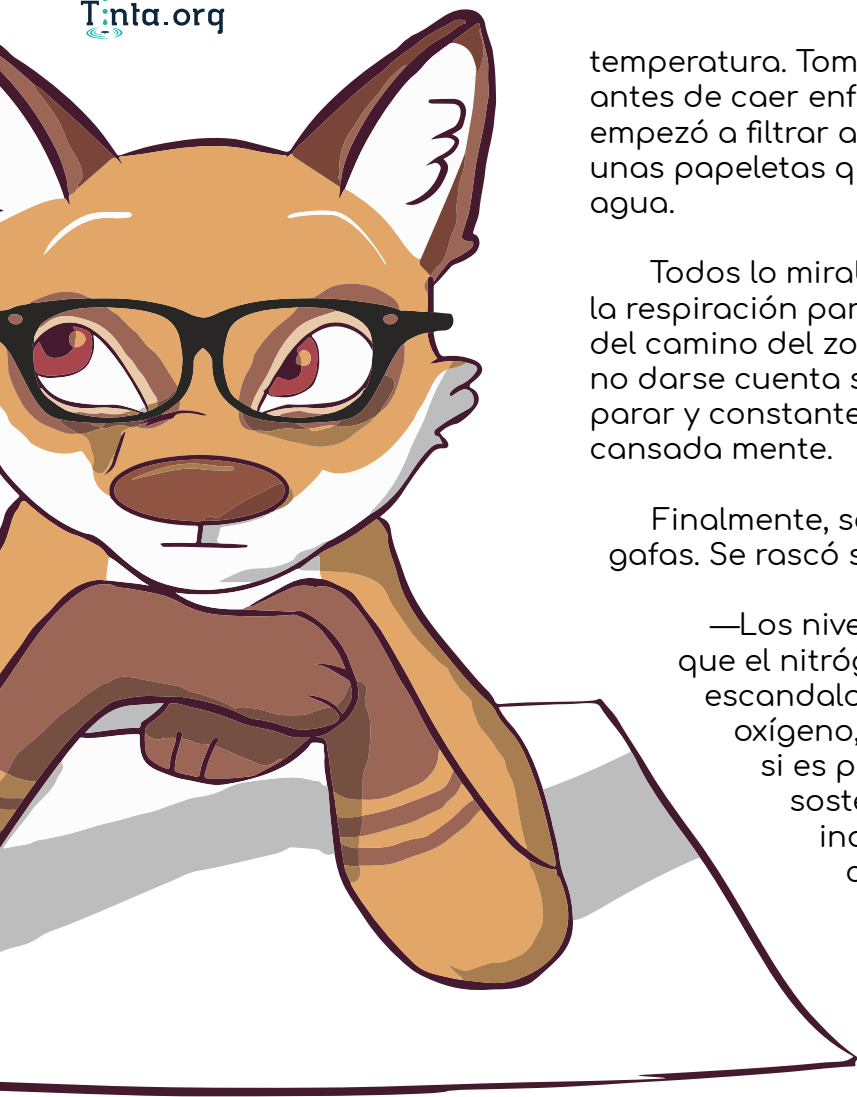
Despertó agitado y sudando, se tocaba la barriga desesperado y a pesar de darse cuenta de que todo había sido un sueño, seguía sintiendo un punzante dolor en el estómago. Se levantó y fue al baño, tenía la barriga suelta y cada vez se sentía peor.

Tras tres días enfermo, el castor se empezaba a asustar. Mantenía hidratado a Gustav, pero el pobre dragón no lograba comer nada. Se había adelgazado varios kilos, pero aún así era muy pesado para llevarlo con algún médico. Gustav escribió triste y asustado a su amigo Antón todo lo que le estaba pasando. Tanto de su enfermedad como de la casa, esperando que su inteligente amigo pudiera, como siempre, sacarlo de todas sus dudas.

Al recibir la carta, Antón no pudo sino saltar a una sola conclusión. Pero siendo meticuloso y minucioso, no se atrevió a decirlo siquiera en voz alta estando solo en su casa. Necesitaba hacer pruebas y analizarlas, pero para eso debía conseguirlas y claramente Gustav no estaba en condiciones de viajar. El zorro detestaba salir de su casa y pasó la noche en vela pensando en maneras de poder hacer los análisis necesarios sin salir de su cueva. Pensó y pensó, trazó planes inconclusos y rutas aleatorias. Pero ninguno se podría llevar a cabo en el tiempo suficiente para salvarle la vida a su amigo dragón. Sólo quedaba una opción, debía viajar él mismo.

Salió de su casa con una vieja maleta y con la garganta hecha un nudo. Su estómago se apretaba de miedo y no había permitido que entrara ni una taza de té de desayuno. Con una maraña de emociones mezcladas, salió con el paso más firme y decidido que pudo fingir. Pidió desde su celular un transporte que lo llevó hasta el río, allí tomó un barco y llegó al gran puerto. Desde ahí tuvo que caminar varias horas hasta encontrar la estación del tren nuevo que llevaba hasta la fábrica de cueros. Al llegar, ya el miedo se había evaporado casi por completo, pero las horas sin comer y sin dormir empezaban a pasar su cuenta y se encontraba terriblemente irritable.

Gustav no podía creer lo que veía e incluso pensó que estaba de hecho alucinando debido a su malestar. Conocía bien a Antón y sabía lo que implicaba para él venir hasta este lugar tan lejano desde su pequeña cueva. Profundamente conmovido, dejó derramar una gran lágrima de su ojo. Antón no perdió tiempo, rechazó con un desagradable gesto el agua y el pescado que le ofreció el castor, se sentó al lado del paciente y se puso a trabajar de inmediato. Revisó sus pupilas, su gigantesca lengua y su



temperatura. Tomó las cenizas que había hecho el dragón antes de caer enfermo, las puso en un pedazo de tela y empezó a filtrar agua. Luego la puso a hervir mientras con unas papeletas que traía entre su maleta medía el PH del agua.

Todos lo miraban en silencio, alguno hasta contenían la respiración para evitar hacer ruido y otros se quitaban del camino del zorro apenas le veían venir. Antón parecía no darse cuenta siquiera de su presencia. Trabajaba sin parar y constantemente sacudía su cabeza para despejar su cansada mente.

Finalmente, se detuvo, leyó sus anotaciones y se quitó las gafas. Se rascó suavemente los ojos y suspiró.

—Los niveles de fósforo son muy bajos, mientras que el nitrógeno total Kendal está a niveles escandalosamente altos. La demanda química de oxígeno, aunque no puedo saber en este punto si es por materia biodegradable o no, no podrá sostener la vida mucho más tiempo. Encontré indicios de cianuro, fosfatos y nitratos, claros indicios de contaminación de tipo agrícola e industrial. Finalmente, hay algunos compuestos orgánicos que hallé flotando en el río, incluyendo fenoles, lo cual ya empieza a propagar ese leve pero desagradable olor en el ambiente.

Todos permanecieron en silencio, demasiado penosos para expresar que, aunque habían escuchado todo con atención, realmente no habían entendido el significado de sus palabras. Finalmente, el pobre Gustav se movió incómodo y preguntó:

—Y bien, ¿me salvaré?

—¡Claro!, tú sí, pero no se si el río corra con la misma suerte. Tú sólo debes hidratarte exclusivamente con agua filtrada y hervida, a la que debes adicionar una mezcla de sales que te voy a preparar. No debes comer pescado ni nada que provenga del río porque está demasiado contaminado para ser usado. De hecho, nadie deberá tomar de esta agua. Es probable que sus cuerpos, al consumirla poco a poco desde el inicio de su contaminación, estén lidiando mejor con su deterioro, pero puedo asegurarles que no estarán sanos suficiente tiempo.

Finalmente, la predicción que tanto temía el zorro verbalizar en su amada cueva estaba comprobada. La fábrica de cueros estaba contaminando el río con todos los procesos industriales de curtido. Además, con la

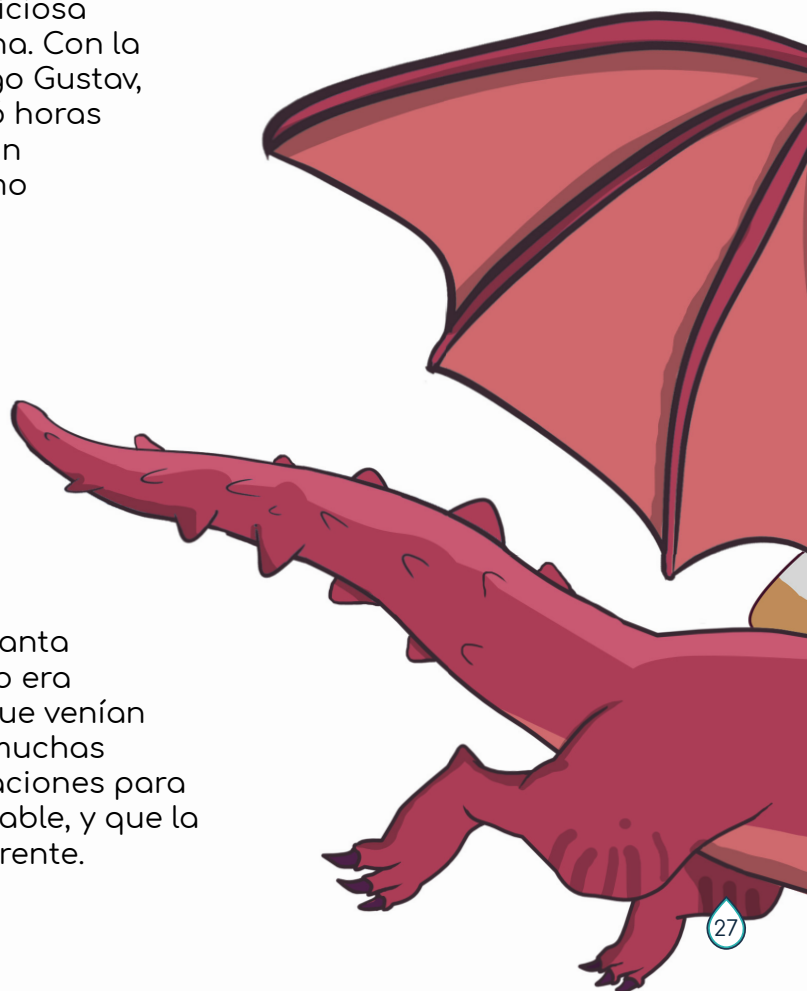
alta necesidad de pieles, la cantidad de granjas había incrementado el uso de agroquímicos y desechos biológicos de la rivera. Era probable, además, que la acidez del agua no permitiera que el señor castor pudiera construir unas paredes lo suficientemente resistentes en su casa para evitar filtraciones.

Al conocer esta información, los habitantes del río tuvieron una gran contradicción. Entendían que no podían permitir que el río se siguiera contaminando. Además, siempre les había incomodado la cantidad de vacas que debían sacrificarse en la fábrica para la realización de cuero. También reconocieron el bienestar que les había traído la fábrica en su vida cotidiana pero tuvieron que aceptar el impacto y las consecuencias negativas de la fábrica en su entorno.

Afortunadamente, el astuto zorro venía preparado con soluciones. Trajo diferentes artículos escritos, algunos por él mismo, sobre alternativas al cuero. Siendo él un zorro con un hermoso pelaje, desde pequeño había sentido pánico ante la posibilidad de verse cazado y despellejado para convertirse en el abrigo de otro. Por esto, conocía procesos que permitían hacer cuero de piña, de coco biche y de hoja de teca. Sin embargo, estaban en un lugar muy alto y frío tanto para la piña como para el coco y el bosque era demasiado espeso para que creciera la teca.

A la hora de la cena, disfrutaron de una deliciosa sopa de champiñones, la especialidad de la zona. Con la barriga llena y viendo cada vez mejor a su amigo Gustav, Antón finalmente tuvo una grandiosa idea. Pasó horas investigando en su Tablet hasta que encontró un artículo escrito por Phil Ross que explicaba cómo hacer cuero de champiñón. Era perfecto: biodegradable, sostenible y permitía hacer todo tipo de diseños. Además, en el denso bosque que rondaba el río, se encontraban por montones y de todo tipo.

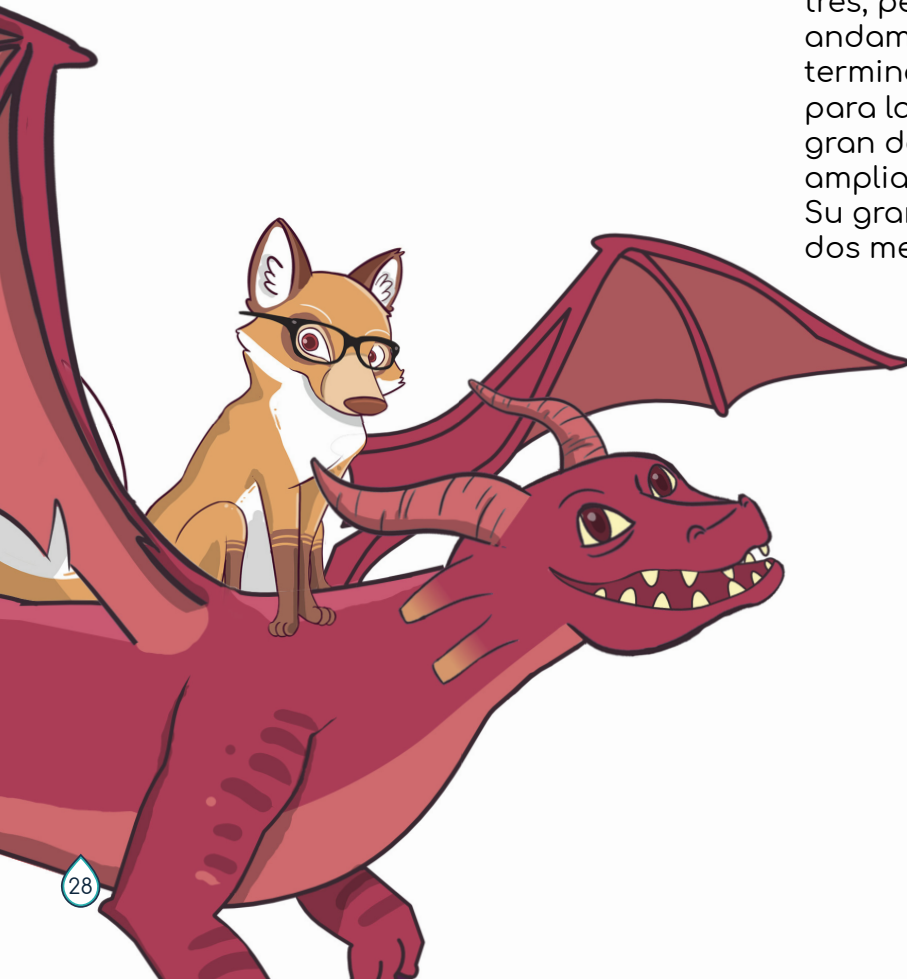
Todos estaban increíblemente emocionados. Empezaron a hacer planes y reunieron a los dueños de la fábrica para mostrarles los efectos nocivos de su producción y para invitarlos a innovar con esta nueva manera de hacer cuero. El proceso fue lento y Antón, poco habituado a estar con tanta gente, se tornaba cada vez más melancólico. No era fácil para los dueños de la fábrica cambiar lo que venían haciendo desde hacía tanto tiempo. Les tomó muchas reuniones, argumentos, discusiones y consideraciones para lograr convencerlos de que el cambio era inevitable, y que la comunidad del río no podría aceptar nada diferente.



En este tiempo, Gustav se recuperó por completo y, viendo lo mal que lo pasaba su amigo, se ofreció a llevarlo de vuelta a su bosque. Antón temía enormemente volar, pero considerando sus opciones, entendió que esta era la que más beneficios le traía. Así que sin mucha prisa se despidieron de todos, Antón seguro de no volver a un lugar tan lejano, pero Gustav les prometió estar de vuelta tan pronto pudiera para ayudarles a ejecutar su proyecto.

El dragón estaba profundamente conmovido por la solidaridad de su amigo, quien odiaba salir de su cueva y ni siquiera consideraba viajar fuera de su bosque. Voló con tranquilidad, sin hacer piruetas y evitando los vientos fuertes. Ya no sólo admiraba la astucia del zorro, sino que ahora había descubierto que tenía un gigantesco corazón. Quería de alguna forma agradecerle y al decirle Antón cómo podría ayudarlo no pudo evitar que una lágrima se le escapara.

Llegaron a la cueva y el zorro le enseñó el diseño de una cueva práctica e interesante. Reunieron los materiales y fueron hasta la gran peña que marcaba el final del bosque. Allí encontraron a la hechicera Mae que se encontraba absorta en sus lecturas. Entre los tres, pero sobre todo Gustav, cavaron, armaron andamios, construyeron y pintaron hasta terminar una sencilla pero práctica ampliación para la casa de la hechicera. Finalmente, el gran deseo de Antón era ayudar a una amiga a ampliar su casa, no quería nada para sí mismo. Su gran satisfacción era el bienestar de sus dos mejores amigos.



# Cuando el cielo se conecta con la tierra

Cuando empezaba el invierno y llovía sin parar durante días, el río en el bosque solía crecer y en ocasiones incluso se desbordaba. Esto creaba grandes estragos para quienes vivían junto a él. Los árboles en ocasiones se pudrían, las cuevas de conejos, zorros y topos se inundaban, las hormigas perdían sus caminos y en general, los seres terrestres de un lado del río quedaban desconectados de los del otro lado. Tras un invierno especialmente largo y duro, los animales del bosque decidieron construir un puente.

Para hacerlo bien, convocaron a un equipo que desarrolló el ambicioso proyecto con dedicación, empeño y mucha motivación. En primer lugar, el mago Nicola trajo diferentes dibujos para dar referentes. Todos quedaron maravillados ante las obras que hacían en otros lugares y empezaron a hacerse un montón de preguntas:

- ¿Por qué algunos cuelgan?
- ¿Será mejor la madera o el metal?
- ¿Qué tan largo debe ser?
- ¿Cuánto tiempo tardaremos?
- ¿De qué color lo haremos?
- ¿Cómo serán los cimientos?

La pequeña ardilla Filomena, que amaba las preguntas, fue anotando una a una, y las ordenó por tipo y clase. Todas las preguntas le parecían importantes y maravillosas. No sabiendo bien por dónde empezar a contestarlas, se las llevó a la hechicera Mae que, entre sus libros, experimentos y grandes conocimientos sobre cómo navegar la red, se puso inmediatamente en la tarea.

Una vez Mae tuvo toda la información lista y organizada, sólo faltaba analizarla y trazar el plan de acción. Acudió a su amigo el zorro Antón y juntos diseñaron el puente, calcularon las fuerzas, el tráfico que recibiría, la corriente del río y revisaron los cimientos de acuerdo con la composición del suelo. El resultado fue impresionante. Pero ni Antón ni Mae querían presentarlo a todo el bosque, se morían de la pena. Así que llamaron a Gustav el dragón, que gustoso planeó y organizó todo para encontrarse en el claro del bosque junto al gran roble llamado Eco para presentarles lo que sería un



hermoso y fuerte puente de madera.

Llegaron todos los seres del bosque muy cumplidos y a la expectativa. El gran dragón miraba a su público con ojos nobles y curiosos. Se paró erguido y empezó por contar el proceso que había iniciado Nicola y había culminado en el reporte entregado por Antón. Enumeró las necesidades que atendía la construcción del puente, presentó los planos, el cronograma y los costos. Luego, abrió lugar para preguntas, que fueron pocas y fáciles de resolver.

Finalmente, Eco el gran roble se enderezó lentamente, todos se quedaron en silencio mirándolo. Gustav, normalmente decidido y confiado, se sentía intimidado por el viejo árbol. Tomándose su tiempo, el árbol empezó:

—Gracias Gustav por tu presentación, fue clara, concisa y con un hilo conductor coherente. Entiendo la necesidad del puente y las posibilidades que trae para todos los seres terrestres del bosque. Tras consultarlo con los altos pinos del norte, están dispuestos a ser ellos quienes se sacrifiquen para la elaboración de esta obra. Han dispuesto ya de un follaje y semillas suficientes para dar lugar a nueva vida y alimentarla con el compost que ellos mismos han estado elaborando durante años.

Hizo una pausa y continuó:

—Sin embargo, el río pasa por el medio del bosque, es su corazón. Entonces, al conectar a los seres terrestres por medio de esta gran obra, desconectaríamos a los del subsuelo. Además, las redes de los árboles se cortarían con los cimientos del puente en un lugar en el cual concentramos la mayor parte de la información de nuestro bosque. Debemos buscar alguna alternativa que permita mantener el equilibrio.

Gustav permaneció en silencio, no tenía conocimiento de esta vida y estas conexiones que se desarrollaban bajo el suelo. Decidieron entonces dar un paso atrás y revisar la nueva información antes de tomar una decisión. No querían que la obra pusiera en riesgo a otros seres, y que lo que fuese una ayuda para unos se volviera una catástrofe para otros.

Surgieron nuevas preguntas, especialmente relacionadas con el subsuelo y que fueron anotadas por la pequeña ardilla diligente, Mae realizó nuevas investigaciones y finalmente con los resultados obtenidos el zorro hizo un análisis que tuvo en cuenta los pros y contras de la nueva propuesta. Consultaron sus nuevos resultados con el árbol y el proyecto cambió por completo. Harían un puente colgante, sin cimientos, usando cuatro grandes y fuerte árboles de raíces profundas que de por sí ya tenían más profundidad que cualquier excavación posible.

Gustav volvió a presentar la propuesta y esta vez todos la aclamaron unánimemente. Al final de la presentación, el gran dragón se quedó con Eco. Estaba agradecido por la manera en que le había cuestionado, sin ponerlo en ridículo y sin juzgarlo. Además, continuaba intrigado por esa información que el gran árbol compartía con todos los demás árboles del bosque.

—Es una conexión que no puedo explicarte, tendrías que sentirla. Es como se siente al hacer una cadena uniendo las manos y al final de la cadena alguien toca corriente, la sienten todos con la misma intensidad, sólo que al conectar con otros árboles la sensación es tranquila y placentera. Pero tú tienes una larga cola, alguna vez un dragón se conectó a las raíces de un árbol que colgaba de una peña, todos sentimos su presencia. Siempre me pregunté si también el dragón había sentido la nuestra.

Gustav no podía creer lo que oía.

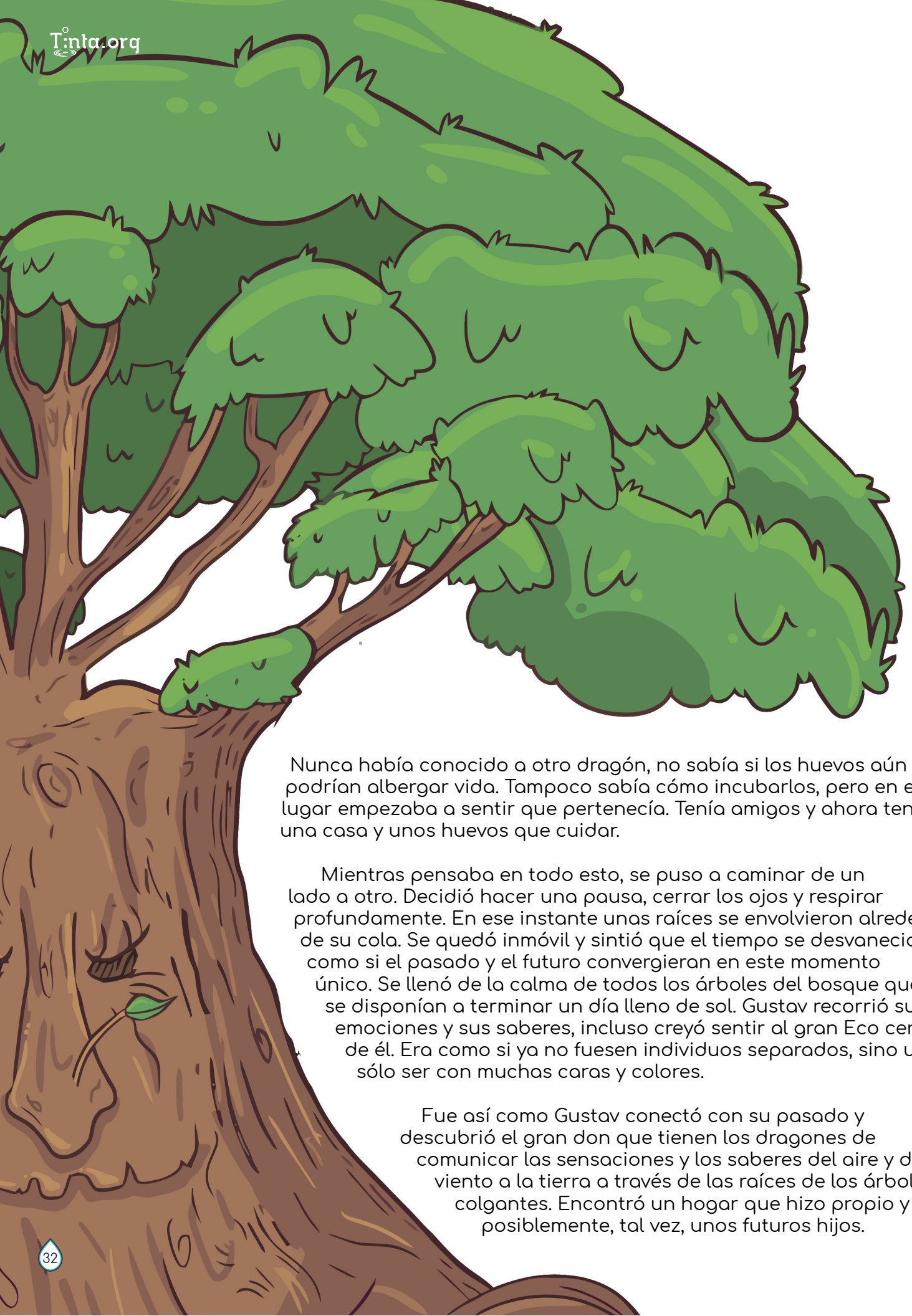
—¿Otro dragón? ¿cuándo? ¿dónde? No conozco a nadie más, pensé que era yo el último.

—Y puede que lo seas, esto fue hace más de 400 años si no estoy mal. Nunca lo vi, pero la sensación de su presencia fue tal que quedó fijada en mis recuerdos y los de aquellos que aún viven para recordarlo. Si vuelas hasta la gran pared de piedra, un poco más al oriente de donde cae la cascada, encontrarás unos árboles que cuelgan de la pared. Si no estoy mal allí quedaba su cueva, y antes de partir para siempre, nos dejó su recuerdo torneando su cola en las raíces de estos árboles y permitiendo con los ojos cerrados que entráramos en su consciencia. Estaba ansioso, ¿o ansiosa? No se bien. Nos dejó un tesoro, un secreto que debíamos cuidar, algo que amaba profundamente. Sé que nadie ha subido allá desde entonces y el secreto lo hemos mantenido oculto entre nosotros. Pero después de tantos años, no dudo en que debas ser tú quién lo descubra nuevamente.

Gustav no perdió un segundo más, agradeció al gran árbol y emprendió el vuelo hasta el lugar indicado. La descripción era perfecta, solo que la cueva estaba cubierta por una gran roca. Le tomó un gran esfuerzo moverla. Adentro encontró unas alacenas rústicas en piedra, lo que parecía una gran cama con unas cobijas viejas y malolientes. Miro a su alrededor y en una esquina descubrió tres gigantescos huevos con cáscara de piedra. Estaban envueltos en telas y amarrados por un cordel dorado. Los abrazó lleno de emoción, parecían inertes, pero al acercarlos a su pecho se sintió completo.

El gran dragón limpió la cueva y los huevos, organizó el lugar que ahora lucía como el hogar que siempre había soñado. Una vez hubo terminado, se sentó nostálgico a ver el atardecer.





Nunca había conocido a otro dragón, no sabía si los huevos aún podrían albergar vida. Tampoco sabía cómo incubarlos, pero en este lugar empezaba a sentir que pertenecía. Tenía amigos y ahora tenía una casa y unos huevos que cuidar.

Mientras pensaba en todo esto, se puso a caminar de un lado a otro. Decidió hacer una pausa, cerrar los ojos y respirar profundamente. En ese instante unas raíces se envolvieron alrededor de su cola. Se quedó inmóvil y sintió que el tiempo se desvanecía, como si el pasado y el futuro convergieran en este momento único. Se llenó de la calma de todos los árboles del bosque que se disponían a terminar un día lleno de sol. Gustav recorrió sus emociones y sus saberes, incluso creyó sentir al gran Eco cerca de él. Era como si ya no fuesen individuos separados, sino un sólo ser con muchas caras y colores.

Fue así como Gustav conectó con su pasado y descubrió el gran don que tienen los dragones de comunicar las sensaciones y los saberes del aire y del viento a la tierra a través de las raíces de los árboles colgantes. Encontró un hogar que hizo propio y posiblemente, tal vez, unos futuros hijos.





# CREANDO SINERGIAS PARA LA EDUCACIÓN

Autora: Gabriela Ramírez Vergara  
Edición: Marcela Escovar Aparicio  
Diseño y diagramación: Juan D. Alfonso Figueroa  
Ilustraciones: JAGUAR digital S.A.S  
Todos los derechos reservados



Tinta.org

síguenos en



Tinta.es



Tinta.es



Tinta.es

WWW.TINTA.ORG

info@tinta.org | +57 311 440 2229

Bogotá - Colombia